

LA CRUCIFIXIÓN DE JESÚS [297]

PALABRAS EN LA CRUZ

2024

Contemplación – día 26

Para contemplar la Pasión son muy útiles las profecías del Siervo Sufriente, si quieren leer en esta etapa de los Ejercicios en el libro de Isaías hay 4 cánticos distintos: **Is 42,1-9 / Is 49,1-7 / Is 50,4-11 / Is 52,13 al 53,12**. También el **Sal 22** «*Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has abandonado?*», salmo también llamado “de la Pasión del Señor”.

Ahora quisiera hablar de la Crucifixión de Jesús pero de modo particular de sus palabras pronunciadas en la cruz, aunque no lleguemos a hablar de todas.

San Ignacio trae algunos puntos para meditar este misterio en el n. 297 de los EE, bajo el título «MISTERIOS CUANDO CRISTO ESTUVO EN LA CRUZ». Los relatos evangélicos: **Jn. 19,23-37; Mt. 27,35-36. 39-52; Mc. 15,24-38; Lc. 23, 34-46**.

[297] DE LOS MISTERIOS HECHOS EN LA CRUZ, JOAN, 19, 23-37.

1.º **Primero:** Jesús habló siete palabras en la cruz: rogó por los que lo crucificaban; perdonó al ladrón; encomendó San Juan a su Madre, y la Madre a San Juan; dijo en alta voz: “Tengo sed”, y le dieron hiel y vinagre; dijo que estaba desamparado; dijo: “Todo está cumplido”; dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.”

2.º **Segundo:** El sol se oscureció, las piedras se quebraron, los sepulcros se abrieron, el velo del templo se rasgó de arriba abajo en dos partes.

3.º **Tercero:** Le blasfemaban diciendo: “Tú eres el que destruyes el templo de Dios; baja de la cruz”; dividieron sus vestiduras; herido con una lanza, su costado manó agua y sangre.

Antes quiero decirles algo que puede ser muy útil en la contemplación de la Pasión, que es contemplar algunos aspectos antes de pasar a las escenas, que son realmente impresionantes. Elegir algún aspecto, por ejemplo, la **humildad** de Jesús a lo largo de toda la Pasión. Santo Tomás dice que en la cruz Jesús nos dio ejemplo de todas las virtudes y entre las que enumera está la humildad, la sumisión, Jesús se deja atar y tiene las manos atadas desde Getsemaní, se deja conducir, dice **Isaías 53,7**: «*Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda*», se hace obediente aún a esos hombres inicuos... ¡Un gran ejemplo para nosotros que siempre encontramos algo en el superior para no obedecer! Y Él se hace obediente a los soldados, a Anás, a Caifás, a Pilato, a Herodes, se deja vestir como un loco...

Entonces considerar algunos aspectos. Puede ser también la **paciencia**, las actitudes de **misericordia** de Cristo, por ejemplo la amonestación dulce que le dirige a Judas «*con un beso*

entregas al Hijo del hombre» (Lc 22,48), el gesto de curar a Malco; la mirada amorosa que le dirige a Pedro, como cuenta San Lucas que Jesús se dio vuelta para mirar a Pedro después de las negaciones; o también la actitud con las mujeres que lloraban por Él, o con el buen ladrón, con el mismo Pilato, tratando de revelarle que Él era la Verdad... su intercesión en la cruz, actitud verdaderamente sacerdotal, y así pueden tomar otros aspectos particulares.

Ustedes pueden elegir con mucha libertad si quieren contemplar otras escenas de la Pasión, por ejemplo, la flagelación, la coronación de espinas, el Ecce homo, el camino del Calvario... con todos sus detalles, etc.

Pasemos ahora a la escena de la Crucifixión y a algunas de las Siete Palabras.

Ponerse en presencia de Dios

Oración preparatoria:

[46] Pedir gracia a Dios Nuestro Señor para que todas mis intenciones, acciones y operaciones se ordenen puramente al servicio y alabanza de su divina majestad.

Petición:

[203] 3º *preámbulo*. El tercero es demandar lo que quiero, lo cual es propio de demandar en la pasión, dolor con Christo doloroso, quebranto con Christo quebrantado, lágrimas pena interna de tanta pena que Christo pasó por mí.

Composición de lugar:

Ponernos en la escena del Calvario. Ver la escena un poco apartados, como dice San Lucas que sus conocidos observaban a distancia. Ver a Jesús, ver lo que le hacen. Ver cómo lo clavan. Ver su actitud majestuosa, silenciosa, humilde, oferente. Ver a su madre, a San Juan, ver a las santas mujeres tan valientes, tan fieles.

CUERPO DE LA MEDITACIÓN

Debemos recordar lo que dice San Ignacio, después de haber hecho la oración preparatoria habitual, la composición de lugar, de habernos colocado en la escena junto a Jesús, en el Gólgota, junto a María Santísima y a Juan, a María Magdalena, viendo de lejos a los demás discípulos como dice San Lucas: «*Estaban a distancia, viendo estas cosas, todos sus conocidos*» (Lc 23,49), entonces, insistir:

- considerar lo que Él sufre y quiere sufrir por mí, y suscitar dolor, tristeza, llanto y compasión....

- considerar cómo la divinidad se esconde para que la humanidad sufra.

- considerar que todo esto es por mis pecados, por tanto qué debo hacer y sufrir por Él.

De Jesús crucificado se conservan Siete Palabras diferentes en los evangelios: los dos primeros evangelios, los de Marcos y Mateo, nos dicen una sola palabra de Jesús, la misma, aquel fuerte grito antes de morir: «*Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?*», que los evangelios nos dicen también en la lengua aramea que traducen: «*Eloi, Eloi, lemà sabactàni?*» Entonces en estos dos evangelistas sólo encontramos una palabra de Jesús crucificado.

El evangelista San Lucas nos trae tres palabras:

- La primera es la palabra de intercesión de Jesús: «*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*»;
- la segunda es la promesa dirigida al buen ladrón: «*hoy estarás conmigo en el paraíso*», una promesa solemne;
- la tercera es una palabra de abandono muy confiado en las manos de Dios: «*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*».

Y el evangelista San Juan nos da otras tres palabras:

- cuando expresa su sufrimiento diciendo: «*Tengo sed*»;
- luego las palabras dirigidas a su madre y a San Juan: «*mujer, he aquí a tu hijo*», y luego a San Juan: «*he aquí a tu Madre*»;
- finalmente las palabras dichas antes de morir: «*todo está cumplido*».

Estas palabras tienen un valor muy grande, no sólo porque son las palabras de Dios, de Jesús, y éste es su mayor valor, sino también porque revelan el interior de Jesús y lo que está realizando en la cruz.

Primera Palabra: «Padre perdónalos porque no saben lo que hacen». (Lc 23,34)

Esta es la primera palabra que dijo Jesús en la cruz, porque el evangelista Lucas relata que fue dicha por Jesús en repetidas ocasiones mientras se llevaba a cabo el ritual, por decirlo –aunque impropiaemente– de alguna manera, de la crucifixión.

En cambio San Marcos y San Mateo cuentan todo junto: que Jesús fue crucificado, sus ropas fueron divididas y fueron crucificados junto a él otros dos malhechores y luego mencionan el título que pusieron sobre la cruz. Relatan todo el ritual de la crucifixión en un solo acto: crucificar a Jesús, sortear las ropas, poner el título en la cruz.

San Lucas, en cambio, nos dice que Jesús fue crucificado en medio de otros dos y que intercedió con estas palabras y que luego los otros se repartieron sus vestiduras. Por lo que deducimos que inmediatamente después de ser crucificado Jesús se puso a rezar, ya que se trata de una oración, de una plegaria. Es una oración muy importante porque también revela lo que hace Jesús en ese momento: se cumple en Él lo profetizado en **Isaías 53,12**, es decir, que el siervo de Dios sería contado entre los injustos, contado entre los malvados, mientras que Él asumiría sus pecados e **intercedería por los malvados**, de hecho esta oración de Jesús es intercesora, mostrando a Jesús como un verdadero sacerdote, un mediador en la cruz. Habla en nombre de sus asesinos, intercede por ellos ante su Padre, le llama Padre, como suele hacer en el Evangelio de San Lucas cuando reza, con gran confianza. Es una oración continua, que el evangelista relata con el tiempo griego del imperfecto, que denota una acción duradera, repetida, continuada. La oración de Jesús **dura toda la crucifixión...**

Como dice Jesús en el Evangelio de Juan antes de resucitar a Lázaro: «*Padre sé que siempre me escuchas*», por eso esta oración de Jesús tiene una eficacia particular, pide perdón para sus

enemigos, y excusa su malicia «*no saben lo que hacen*». No es posible que no supieran lo que estaban haciendo, y de hecho necesitan ser perdonados por lo que sabían que estaban cometiendo un crimen, de lo contrario Jesús no habría pedido perdón... pero tal vez Jesús se está refiriendo al hecho de que no conocían plenamente su identidad y por lo tanto la enormidad de su crimen: el deicidio. De hecho Jesús en el Evangelio de Lucas cuando está frente al Sanedrín dice: «*si os digo quién soy, no me creeréis*», no creyeron en Él; sin embargo Jesús intercede por ellos. También dijo en el Evangelio de San Lucas, cuando fue aclamado como Mesías: «*si estos callaran hasta las piedras gritarían*»... y por estos que no creyeron, más duros que las piedras, Jesús intercede de todos modos.

Es opinión común de todos los Padres de la Iglesia, empezando por San Jerónimo, que esta oración incluía no sólo a los autores materiales de la muerte de Jesús, es decir, a los jefes de los judíos y a todos los que habían provocado la muerte de Jesús, sino también a los autores, por así decirlo, morales, es decir, a todos nosotros los pecadores. Así que Jesús en la cruz oró verdaderamente por nosotros.

La palabra griega «*perdonalos*», el verbo “*afiemi*” indica el pecado, el perdón de los pecados, por lo tanto Jesús desde la cruz intercede por los pecadores.

Es muy interesante pensar que si la Santa Misa es la perpetuación sacramental del mismo y único sacrificio del Calvario, de alguna manera lo que sucedió en el Calvario también sucede en la Misa, por lo que la intercesión de Jesús por todos nosotros también sucede en cada santa Misa.

Y nosotros, los sacerdotes, que debemos tener los mismos sentimientos que Jesucristo, debemos aprender también a interceder en la Misa por las almas que se nos confían, por la humanidad, a actuar como verdaderos pontífices, como mediadores. Debemos recordar que es una de las promesas que hicimos el día de nuestra ordenación sacerdotal, cuando el obispo nos preguntó: «*¿Estás dispuesto a invocar la misericordia divina con nosotros, en favor del pueblo que te sea encomendado, perseverando en el mandato de orar sin desfallecer?*» A lo que respondimos: “sí, estoy dispuesto”. Lo deberíamos recordar cada vez que estamos flacos o perezosos para rezar... o cuando no logramos los frutos esperados en nuestros apostolados... delante de personas que viven en pecado, o que se alejan de la fe. El santo Cura de Ars, a un sacerdote que le confiaba que no veía frutos en sus apostolados, le preguntó si se había esforzado en rezar más por esas almas... y en sacrificarse más y más por ellas...

Segunda Palabra: «*En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso*». (Lc 23,43)

El buen ladrón escuchó esas intercesiones de Jesús que San Lucas relata utilizando el tiempo imperfecto «*Jesús decía: Padre perdónalos...*» etc., es decir insistentemente, quizás más de una vez... Así, mientras todos le piden que baje de la cruz, si es el Mesías, el hijo de Dios, que se salve, incluso con una frase que es casi una blasfemia relatada por el Evangelio de San Mateo, cuando los jefes dicen: «*confió en Dios, Él lo ayude*»; mientras que incluso el otro compañero de suplicio lo reprende y a pesar de haber reprochado él mismo antes al propio

Jesús, como cuentan Marcos y Mateo que *«los dos malhechores se burlaron de él»*, el buen ladrón se convierte, hace un acto de fe impresionante, llama a Jesús por su nombre con una confianza inusual, es el único personaje en todos los evangelios que llamó a Jesús simplemente “Jesús” sin ningún otro título. El ciego Bartimeo le había llamado *«Jesús, hijo de David»*, pero él le llama muy familiarmente, sólo *«Jesús»*. Los demonios le llaman *«Jesús, hijo de Dios»* cuando los exorciza, pero sólo el buen ladrón le dice *«Jesús...»* Luego confiesa que Jesús es un rey que está a punto de entrar en su reino a través de su Pasión, por lo tanto que con su muerte no se acaba todo, sino que Jesús reinará... Y pensar que Jesús fue ofendido muchas veces por este ladrón, que en realidad es un delincuente y cada vez que pecaba, ofendía a Jesús, a Dios..., pero esto no cuenta ahora porque Él es el Buen pastor que busca a la oveja perdida, vino a llamar a los pecadores a la conversión, así que inmediatamente, con una promesa solemne, le asegura la comunión eterna con Él y con Dios, con Él y a través de su humanidad con Dios, en el Paraíso. Él borra el pecado del ladrón. Y el Paraíso es una noción teológica muy densa, el hombre fue expulsado del Paraíso por el pecado, en la concepción judía el Mesías era el que tenía la tarea de reabrir el Paraíso. Y eso es exactamente lo que hace Jesús, reabriendo el camino hacia el reino de los cielos, y convirtiéndose, como dirá San Pedro en los Hechos de los Apóstoles, en el Jefe que conduce a la vida. Va primero como líder y conduce a los demás a la vida.

¡Cuánta misericordia! Y vemos de nuevo la eficacia de la cruz para la conversión de los corazones, la eficacia también de la Santa Misa que ofrecemos cada día.

Tercera Palabra: «Mujer he aquí a tu hijo / he aquí a tu Madre». (Jn 19,26-27)

La Madre de Jesús está allí, de pie, como corredentora, ofreciendo también el sacrificio de su hijo, acompañada por el discípulo amado de Jesús, el más joven, Juan.

La amargura del corazón de María Santísima no se puede describir, para algunos la etimología de su nombre viene de la raíz de mirra, de amargura, entre las muchas etimologías que tiene este nombre...

María mira a su hijo al que hace años había dado a luz con tanta alegría, en Belén... al que había llevado en su seno, amamantado, instruido en tantas cosas, al que también había enseñado a rezar cuando era pequeño.

Ahora se cumple la profecía de Simeón: *«una espada de dolor atravesará tu alma»*. (Lc 2,35)

María Santísima conocía muy bien las Escrituras... era muy sabia y prudente como dice el evangelista **San Lucas (2,19)** *«guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón»*, por eso conocía las profecías; conocía el cuarto cántico del siervo de Dios sufriente que hablaba precisamente de su hijo: *«No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta»* (Is 53,2-3). Miró a su hijo, el más bello entre los hijos del hombre, como dice el **Salmo 44**, y recordó de nuevo al profeta **Isaías (52,14)** *«se asombraron de él muchos pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana»*. Incluso Jesús debió sufrir mucho al ver a su madre allí con él en ese

momento... quien ama verdaderamente a su madre, quiere evitarle cualquier dolor, quien ama a su madre también calla sus propios sufrimientos para no afligir su corazón.

En cambio, Jesús, el mejor de los hijos, no quiso ahorrarle a su madre este dolor y aquí sólo hay una respuesta: lo hizo por nosotros, porque era necesario sufrir tanto para que el hombre entendiera hasta qué punto lo ama Dios y hasta qué punto lo ama María, muchas veces nos quedamos sin palabras al contemplar esta escena y sería mejor callar.

Jesús no ahorró a su Madre ni a sí mismo este sufrimiento y sin duda es la imagen más triste de toda la Biblia y el acontecimiento más doloroso de la historia de la humanidad... nunca ha habido tanto dolor de golpe; las dos personas más santas, las personas que más aman están muriendo, una frente a la otra, una en cuerpo y otra en alma, y ambas son inocentes, sólo sufren por amor.

En el evangelio de Lc se nos relata la resurrección del hijo de la viuda de Naím (**Lc 7,11 ss**). Lucas dice hermosamente: *«Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda. Al verla el Señor tuvo compasión y le dijo: no llores» (vv. 12-13)*. Y nos desvela el amor y la compasión de Jesús ante el dolor de una madre sola, porque siendo viuda perdía a su único hijo. Pues bien, ese es el mismo caso de Jesús y de María. Ella también era madre viuda de un único Hijo... ¡Cuánto dolor en la Madre... y cuánto dolor en el Hijo, pues cuánto se compadecería de su Madre si el dolor de aquella viuda de Naím había arrancado a su bondad uno de los más grandes milagros que relatan los evangelios!

Y ¿por qué no le ahorró a María este dolor? Jesús quiso que su Madre se asociara a la cruz, porque era conveniente para pagar el pecado de nuestros antepasados, porque junto a Adán había una mujer Eva, junto a ese árbol del paraíso estaban Adán y Eva, Adán la cabeza de la humanidad, Eva la madre de todos los vivientes, como dice el Génesis; y con las mismas armas con las que el demonio había derrotado al hombre, Jesús el verdadero hombre, lo derrotó junto a un árbol y junto a una mujer como dice bellamente San Juan Crisóstomo. Para que podamos volver a entrar en el paraíso perdido: un hombre, una mujer y un árbol (la cruz) pisotean a la antigua serpiente.

En ese momento, como si fuera su última voluntad, Jesús nos da a María Santísima a todos nosotros como Madre. La opinión de todos los padres coincide en que en Juan todos estábamos representados. Jesús no la llama madre, en el discurso dirigido a Ella dice: *«mujer»*, justamente porque quiere indicar que se trata de la mujer prometida en el protoevangelio de **Gén 3,15** cuando Dios había dicho al diablo *«pondré enemistad entre tí y la mujer, entre tu descendencia y la suya, ésta»* (la descendencia de esta mujer) *«te aplastará la cabeza»*, Jesús.

Pero la llama madre con respecto a Juan, así que dice *«mujer aquí tienes a tu hijo»* y a Juan *«aquí tienes a tu Madre»*, la confía al discípulo amado, la entrega como madre a todos nosotros...

Juan Pablo II en el capítulo 6 de la Encíclica «Ecclesia de Eucaristía» dice que esto también sucede en cada Santa Misa, María está de pie junto al altar para ofrecer a su Hijo y recibirnos como sus hijos. Así que aprendamos a recibirla de nuevo en cada Santa Misa y a

tenerla como Madre, a ser sus confidentes ya que ha sufrido tanto, tanto por nosotros. Y a donarnos a Ella, como se donó a Ella san Juan.

Cuarta Palabra: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». (Mt 27,46; Mc 15,34)

Esta palabra fue dicha ya hacia las tres de la tarde. Los dos evangelistas cuentan que después de esta palabra Jesús murió, con un fuerte grito... San Lucas dice que a esa hora Jesús entregó su espíritu al Padre y San Juan que Jesús dijo *«todo está consumado»*. Así que estas tres palabras fueron pronunciadas en un corto espacio de tiempo...

Este grito de Jesús encierra un gran misterio que es el misterio de su solidaridad con nosotros. Jesús ocupó nuestro lugar, decimos que sufrió de modo vicario, en nuestro lugar; pero esto no es suficiente para explicar la redención, cómo Él pueda asumir nuestras faltas, sufrió en una misteriosa solidaridad con nosotros.

Los Padres han dado varias explicaciones a este grito de Jesús, me referiré a dos de ellas:

- La primera es que este grito es el comienzo del **Salmo 21 (22)**, también llamado por toda la tradición cristiana «el salmo de la Pasión» porque describe algunos detalles precisos que tuvieron lugar en la crucifixión de Jesús, como la repartición de los vestidos, la perforación de manos y pies, etc. Los judíos conocían muy bien este salmo, de memoria, porque en la tradición judía este salmo se rezaba antes de ir a dormir (al menos en algunas tradiciones judías); el salmo habla del sufrimiento del Mesías, es una profecía en la que el Mesías es puesto en una situación terrible: *«Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado... Soy un gusano, no un hombre, vergüenza de los hombres, rechazo de mi pueblo, se burlan de mí los que me ven, tuercen los labios, menean la cabeza»* (como dice San Marcos *«los que pasaban por allí le insultaban, meneando la cabeza»* **Mc 15,29** menean la cabeza en señal de desprecio) *«se encomendó al Señor, lo rescatará, lo liberará si es su amigo»* (dice San Mateo que esto también sucedía al pie de la cruz) *«una jauría de perros me rodea, una banda de malvados me asedia, han calado mis manos y mis pies, puedo contar todos mis huesos»*, etc. Pero este salmo, que Jesús rezó probablemente en su totalidad en la cruz, después de esta terrible descripción, habla precisamente del triunfo del Mesías y, sobre todo, de su inquebrantable confianza en Dios por la que sabe que vendrá una gran descendencia. Esta es la segunda parte del salmo: *«pero tú, Señor, no te alejes, mi fuerza, acude en mi ayuda»*, etc. Si es así, entonces Jesús recitó esta oración antes de dormir en su muerte, describió los sufrimientos en los que el Padre lo había querido poner, como dirá San Pablo en la carta a los Romanos en el capítulo 8: *«Dios no perdonó a su propio hijo»*. Por lo tanto Jesús sufre en obediencia al Padre, pero tiene una gran confianza en el Padre.

- La segunda explicación, perfectamente armonizable con la primera, es la de la satisfacción solidaria de Jesús con nosotros, es decir, tomó sobre sí nuestra deuda infinita, fueron nuestros pecados los que tomó sobre sí, como dice Isaías y como explica también la primera carta de Pedro, nadie podía pagar nuestra deuda infinita así que Dios se encarnó para pagarla. Por eso San Pablo dice en la primera carta a los Corintios que *«se hizo pecado»*, tomó el lugar del hombre pecador, y esto produjo en Jesús un sufrimiento muy grande, ya hemos hablado de ello. Él es la santidad misma y se ve hecho pecado, se ve así ante el Padre

y en esta gran desolación puede sentir también un cierto abandono por parte del Padre. Jesús quiso experimentar el abandono, San Ignacio dice que considere lo que Jesús quiso sufrir por mí. Aquí ya no le llama Padre, como antes, le llama «*Dios, Dios mío*», porque se puso en el lugar del pecador. ¿Y por qué quiso experimentar este abandono? Precisamente para que no lo experimentáramos nosotros, sobre todo el abandono definitivo de Dios que es el infierno, la caída en el infierno, la pena de daño.

Quinta Palabra: «Tengo sed». (Jn 19,26)

Es natural que Jesús haya tenido sed: había perdido mucha sangre desde la hematomia en Getsemaní, el sudor de sangre, había estado en medio de las multitudes, luego había sido azotado, coronado de espinas, había llevado la pesadísima cruz hasta el Calvario, luego había sido traspasado por los clavos, como dice Isaías «*de la planta del pie a la cabeza no hay en él cosa sana: golpes, magulladuras y heridas frescas, ni cerradas, ni vendadas, ni ablandadas con aceite*» (Is 1,6). En ningún momento, durante toda la pasión se dice que alguien le haya dado agua o algo de beber a Jesús. Desde la cena, Él está sin beber nada.

Sin embargo, podemos decir más profundamente que Jesús se refería a otra sed... En ningún momento de la Pasión Jesús se quejó de lo que sufría en su cuerpo, aunque había reprendido, por ejemplo, a aquel hombre que le había pegado, diciendo «*si he hablado bien, ¿por qué me pegas?*», etc. pero no se quejó de sus dolores o sufrimientos físicos, tal como se había profetizado, que iría a la muerte mudo como un cordero, como el verdadero Cordero, «*maltratado se dejó humillar y no abrió la boca, fue como un cordero llevado al matadero, como una oveja muda ante sus esquiladores y no abrió la boca*» Is 53,7. En la pasión, Jesús no pide a nadie algún alivio para sus dolores, tampoco para apagar su sed.

Entonces Jesús habla de otra sed: en la cruz nos tenía presentes a todos, es un gran misterio pero es absolutamente cierto, así como Dios nos tiene presentes a todos, tiene un conocimiento infinito, lo sabe todo al mismo tiempo, por lo tanto en ese momento nos vio a todos, desde Adán hasta el último hombre... incluyéndonos. Pagó por todos y vio con gran consuelo las buenas obras de los santos, de toda esa multitud de hombres, mujeres, ancianos, jóvenes y niños que escucharían su grito y le seguirían, los hijos de su Iglesia, que nacería de su costado abierto en la cruz, que estaba engendrando con su sangre; pero al mismo tiempo vio también a todos los demás, hombres, mujeres, ancianos, jóvenes y niños, que se quedarían sordos, que no le seguirían, que no guardarían sus mandamientos, que no le amarían y que caerían en el fuego del infierno... y Jesús estaba sediento de todas estas almas.

¡Cómo no recordar el diálogo con la samaritana! Allí sí el Señor le pide de beber, como relata **san Juan (cap. 4)**: «*Jesús le dice: dame de beber*». Pero en realidad, como comenta S. Agustín, Jesús tenía sed del alma de la samaritana, quería su conversión, que creyese en Él. Porque Él no tenía necesidad de pedirle agua. De hecho le dice (v. 10): «*Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: 'dame de beber', tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva*».

De hecho, fue el deseo de salvar almas lo que le empujó a encarnarse, a hacerse hombre, hombre de dolores, a hacerse obediente hasta la muerte y la muerte en cruz, precisamente

por el amor a esas almas. Por eso, este grito de Jesús debe despertarnos de verdad, no sólo porque tiene sed de nuestro amor, de nuestra correspondencia, sino también porque tiene sed de todas las almas a las que nos envía y a las que debemos amar con un corazón celoso.

San Agustín: «Jesús quiso sufrir su sed para saciar nuestra sed de felicidad».

También se pueden meditar las otras dos palabras de Jesús: **Sexta Palabra:** «*Todo está cumplido*» (Jn 19,30); **Séptima Palabra:** «*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*» (Lc 23,46)

Coloquio:

Terminar con un coloquio delante de Jesús crucificado, y junto a su Madre, según cada uno verá.